

## EL DESAFÍO DE LA EVAU

### LA URGENCIA DE LA FELICIDAD

#### Apuntes del encuentro de Davide Prospero y Francesco Barberis con los bachilleres de último curso

en conexión por video desde Milán, 29 de mayo de 2022

Cantos: *Haja o que houver*\*  
*La strada*

**Francesco Barberis.** Este camino es hermoso porque, «pase lo que pase», como hemos escuchado, «yo estoy aquí», nosotros estamos aquí y esperamos algo grande de esta noche. Por tanto, buenas noches a todos, agradezco especialmente que esté con nosotros Davide, y también doy las gracias a los bachilleres de último curso que estáis aquí presentes y a los que están conectados, así como a los adultos que os acompañan. Después de la presentación que hizo hace unos meses don Andrea de «*La voz única del ideal*», es evidente que sigue habiendo –y en realidad os deseo que exista siempre– una lucha, una batalla en acto entre la «voz» del ideal, la voz que nos empuja a no conformarnos nunca, y las circunstancias que (como he leído en muchas de las intervenciones que habéis enviado) a veces parecen, sobre todo en este final de curso, aplastar o incluso ir en contra de esa voz. Me ha impresionado leer ciertas palabras de vuestras intervenciones: «ideal», «destino», «presencias significativas», pero también «fatiga» y «sacrificio». Evidentemente en estos meses adquieren un nuevo peso específico y vuelven a ponernos delante de estas palabras de don Giussani, con el deseo de comprenderlas y volver a descubrirlas. Como él dice, «el hombre solo encuentra la energía necesaria para la acción en la claridad y la seguridad» («Huellas de experiencia cristiana» en L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 84). Claridad y seguridad, fijaos que estas palabras expresan la razón por la que nos juntamos esta noche, agradecidos a que Davide esté aquí para poder preguntarle.

¿De qué sirve una asamblea en este momento tan frenético del final de curso? Puede ser nada, o bien un punto decisivo para empezar o volver a empezar. En el fondo, cada uno se ha movido para estar aquí –también los que se han conectado– solo porque espera algo que le permita empezar o volver a empezar. Todo depende de ti. Pregúntate si estás aquí porque no sabías dónde ir o porque esperas algo. ¿Por qué estás aquí? ¿Qué buscas? ¿Qué buscas en nuestra amistad? ¿Qué te ha pasado estos meses? ¿Qué esperas de las personas que están sentadas contigo? ¿Qué camino quieres hacer para alcanzar el ideal al que aspira tu vida desde que te levantas por la mañana? Para empezar este diálogo,

---

\* «Pase lo que pase estoy aquí, / pase lo que pase, te espero; vuelve con el viento, mi amor, / vuelve pronto, por favor. // Ha pasado mucho tiempo, ya ni me acuerdo, / por qué me alejé de ti; / cada momento es peor, / vuelve con el viento, por favor. // Yo sé quién eres para mí, / pase lo que pase, / te espero») «Haja o que houver», de P.A. Magalhães Madre-deus).

hemos elegido algunas de las intervenciones recibidas, identificando cuatro temas. Partimos del primero, que aparece en muchas contribuciones y podríamos resumir así: el desafío del presente. ¿Es posible vivir la circunstancia actual, de estas semanas, como protagonistas, sin quedar aplastados por el cansancio?

*Hola, estoy en cuarto; empiezo diciendo que me está costando mucho el instituto en el que estudio. El año pasado suspendí física y lo llevé bastante mal, como un fracaso del que me avergonzaba un poco y no quería que la gente lo supiera. Solo después me di cuenta de mi error. En realidad, no era tan grave, aunque a veces se me olvida. A veces lo comento con algunos, y en un momento de crisis un amigo me dijo: «¿Por qué no cambias de instituto? Si ese sitio te hace estar así, ¿por qué seguir allí?». Sin pensarlo, yo respondí secamente con un «no». Creía que el tema había quedado zanjado, pero aquella pregunta se me quedó grabada todo el año, que también ha sido bastante duro y, aunque las asignaturas que estudiaba me gustaban mucho, he tenido que renunciar a muchas cosas y mis emociones no me han dejado un instante de tregua. Mientras tanto, me preguntaba: «¿Merece la pena hacer todos estos sacrificios?». Hace unos meses, durante una semana en la que estaba bastante machacada con el estudio, me eché a llorar en el baño del instituto y una chica se acercó para acompañarme. Después de charlar un rato, le dije que se me estaban juntando muchas cosas y me estaba agobiando un poco. Ella me dijo entonces que cuarto era un curso un poco trampa, como diciendo que ya era demasiado tarde para cambiar, poco conveniente, y que era mejor apretar los dientes y seguir adelante. Entonces aparecieron nuevas dudas: «¿De verdad esto es todo lo que me queda? ¿Seguir aquí solo porque es demasiado tarde para cambiar?». No podía creerlo, o al menos no quería creerlo. Quiero estar aquí porque sé que aquí hay personas que tienen ganas de estudiar, porque los profesores hacen que me interese por lo que enseñan y porque mis esfuerzos se ven recompensados. Pero, al mismo tiempo, sé que vivir con esta angustia, quitarme horas de sueño y pasar menos tiempo en Bachilleres no merece la pena. Reconozco que, para vivir mejor el estudio y todo lo demás debo cambiar. Por eso quiero preguntar: ¿qué puedo hacer para cambiar? ¿Cómo puedo librarme de esta trampa y recuperar todo aquello a lo que he renunciado? ¿Cómo es posible que el estudio no me aplaste ante este último e imagino que duro año que me espera?*

*Hola a todos. Como de costumbre, al empezar el curso intenté planificarlo todo para prepararme para la Evau. Pero en un momento dado, empezaron a dejar de cumplirse los plazos que me había programado. Además, tenía alrededor gente que ya había elegido universidad y me sentí un poco a remolque de todos. En febrero entré en un bucle de apatía y solo sentía una gran confusión, la única certeza que me quedaba es que después de la Evau me iría a vivir fuera porque aquí no iba a quedarme de ninguna manera. Pero eso no me bastaba, estudiaba mucho, pero me sentía fatal. Llegó un momento en que necesitaba entender cuál era mi mejor opción universitaria pero cuando fui a informarme sobre la prueba de acceso me enteré de que ya no quedaban plazas en esa universidad. Pasé unos días muy triste, me parecía que todo estaba en mi contra y que tal vez estaba tomando decisiones equivocadas. Luego intenté remangarme, hacer otras pruebas de acceso y sacarme el carnet de conducir. Mi único objetivo era acabar el instituto y marcharme de aquí cuanto antes. Pero cuando empecé a pensar en la vida que vendría después, en las decisiones y dificultades que tendría que afrontar y viendo que este camino llegaba a su fin, por primera vez me invadió una inmensa pesadumbre. Sentía que todo eso era demasiado para mí, desproporcionado. Luego pasó algo. Una noche*

*vi en televisión la noticia de una joven ucraniana a la que le habían amputado las dos piernas pero que aun así decidió seguir adelante con sus planes de boda. Miraba la imagen de su novio con ella en brazos, bailando en el hospital y con una gran sonrisa, y aquel hecho me despertó, me hizo ver que es posible que las cosas que pasan no nos aplasten y nos reduzcan, y que tal vez todo esto no era demasiado para mí.*

**Davide Proseri.** Hola a todos. Empiezo respondiendo a lo que decía la primera amiga que ha intervenido. Creo que el momento que estáis viviendo es uno de los más hermosos de la vida, al menos para mí lo fue y así lo recuerdo. El periodo en que acabas el instituto, el bachillerato, y te asomas a la decisión de qué hacer después –ir a la universidad, a trabajar o lo que sea– es muy intenso, como nos han mostrado ya estas dos primeras intervenciones, y como bien sabéis cada uno de vosotros porque lo estáis experimentando. Es muy intenso porque suceden al mismo tiempo dos grandes cosas. Por un lado, el examen de la Evau, que inevitablemente se plantea como un objetivo que uno vive con cierta preocupación por cómo será y con el cansancio de la preparación; y lo bonito es que a nadie se le ahorra ese vértigo. Puedes haberte limitado a cubrir el expediente durante cuatro o cinco años, o haber sacado siempre dieces, pero nadie puede tomarse este momento a la ligera. ¿Y por qué digo que eso es bonito? Es bonito porque cuando hay momentos así en la vida, es una gracia. Cuando hay circunstancias que te obligan a tomarte en serio la vida, son momentos de gracia porque marcan una manera más verdadera de estar delante de todas las cosas. Porque uno se da cuenta de que no puede gobernar la realidad a su gusto, las cosas no son lo que nosotros queremos, no van como queremos; debemos responder a una realidad que es más grande que nosotros y deseamos sacrificarnos por ella. De algún modo nos sentimos obligados a comprometernos con ella.

Por otro lado, y este es el segundo motivo, todo esto va junto a una decisión (¿qué hacer después, qué pasará?), una partida importante, porque percibimos toda la urgencia no solo de tomar la decisión adecuada, sino la urgencia de la felicidad. El miedo que podemos sentir ante la posibilidad de equivocarnos al decidir se debe a que nos asusta que de ello pueda depender nuestra felicidad o infelicidad. En definitiva, nos damos cuenta de que hay mucho en juego. Por tanto, es un momento muy importante.

Sobre la cuestión del fracaso de la que hablaba la primera intervención, quiero hacer dos observaciones. Yo comprendo lo que dices, pero debemos entender cuál es la razón de ese sentimiento que podemos tener. Cuando las cosas van mal, cuando fracasamos en algo y nos sentimos a disgusto con nosotros mismos, además de la decepción en sí también podemos sentirnos a disgusto con los demás. ¿Por qué? Porque lo vivimos como un fracaso, pero el fracaso en sí nunca es un problema, eso no es lo que nos asusta. Lo que nos asusta, amiga, no es haber fracasado, sino que nuestro fracaso signifique que somos del bando de los fracasados, que fracasar en algo, en cierto modo, ponga en duda la grandeza para la que estamos hechos. Es decir, que reduzca el horizonte de nuestras expectativas humanas –«no puedo hacerlo», «los otros me mirarán así»–. Pero la experiencia del fracaso es justo lo contrario de esto, y tenemos muchos testimonios de ello, incluso de personas que lo han perdido todo pero pueden volver a empezar. Como lo que decías de esta chica ucraniana. ¿Cómo es posible algo así? Es posible porque hasta el fracaso da origen a una pregunta, es decir, se convierte en una mirada compasiva hacia uno mismo, nos damos cuenta de nuestra pequeñez, que no somos nosotros con nuestras fuerzas los que alcanzamos nuestra grandeza. Nuestra grandeza

solo nos la puede donar otro.

Con esto respondo también a la segunda pregunta que hacías y a lo que decía la segunda intervención, y lo hago contando un episodio del Evangelio que todos conocemos. ¿Cuántos habéis estado en Tierra Santa? Eh, hay algunos, pocos, sobre todo adultos. Bien, os invito a ir, porque muchas cosas se entienden mejor, se comprende la concreción de las cosas que leéis en los Evangelios, que oís contar de Jesús, cuando se ven. Por ejemplo, cuando pasé por Caná recordé un episodio del Evangelio (de hecho, en Caná tuvo lugar el primer milagro de Jesús) que siempre me hace preguntarme –cuando tenía vuestra edad y oía este Evangelio me lo preguntaba siempre–: «¿Por qué Jesús, que abrió los ojos al ciego de nacimiento, puso en pie al paralítico, resucitó a un muerto, con todos los milagros tan potentes que realizó, quiso que su primer milagro –es el primero que narra el Evangelio– fuera la transformación del agua en vino?». Con todas las cosas que hacían falta, con todas las dificultades que vivía la gente, ¿y transforma el agua en vino? Podría parecer un desperdicio. Toda la energía de Dios concentrada en algo tan banal como que en el banquete nupcial faltara el vino. Pero cuando vas a Caná comprendes porque, cuando ves las casas de los judíos, sobre todo las más ricas, todas tenían la sala de las abluciones. Bajabas y veías esta especie de piscina dentro de casa que no servía para bañarse, sino para lavarse. ¿Por qué? Porque uno debía purificarse, por ejemplo, antes de comer debías purificarte porque si no estabas impuro y el agua era como el intento del hombre de elevarse a Dios, de purificarse. Es decir, nuestro esfuerzo es para conquistar esa grandeza para la que estamos hechos, mientras que el vino en la antigüedad –los del liceo clásico lo sabrán mejor– era considerado el néctar de los dioses y para los judíos también era un don de Dios, un signo del amor de Dios.

Entonces, ¿qué pasa? Pasa que, en un momento dado, en el banquete falta el vino y entonces la madre de Jesús le dice: «¡No queda vino! Se ha acabado el vino», que también quiere decir: no queda amor, ya no experimentan el amor de Dios, han caído presa de su intento de elevarse a Dios con su propio esfuerzo, con su ética, con sus energías, con su intento de purificarse, de ser siempre mejores a la vista de los demás, y ya no reconocen que Dios los ama y eso hace que sus vidas estén vacías de amor. La vida se convierte en la sensación de un continuo fracaso porque nos damos cuenta de que nuestras fuerzas para elevarnos a Dios son limitadas, no somos capaces. ¿Qué responde Jesús? «Mujer, ¿qué quieres de mí? Todavía no ha llegado mi hora» (cf. Jn 2). ¿Nunca os habéis preguntado por qué le dice esto? Porque es evidente que, si realiza ese gesto –transformar el agua en vino–, Él manifiesta delante de todos quién es porque solo Dios puede realizar lo que el hombre no puede hacer con sus solas fuerzas: alcanzarlo.

El hombre puede tender a Él, pero solo puede llegar a Él por un don gratuito, por la experiencia de un amor gratuito, total: «Te amo tal como eres. Tienes valor para mí tal como eres». Entonces Jesús realiza ese gesto y al hacerlo se dona gratis, diciendo: «Lo que vosotros intentáis hacer con vuestras fuerzas, lo que sois tan incapaces de realizar, tan insuficientes aun con toda la energía que ponéis, os lo traigo yo, os lo doy y os lo doy gratis. Soy Yo». Entonces, la experiencia que uno vive de este límite, de esta fatiga, de estos fracasos continuos, se convierte en gratitud infinita por esta gratuidad con la que Cristo nos dona Su amor, es decir, ¡nos dona lo que queremos obtener sin ser capaces de ello! La estima que nos gustaría dar a otros. El reconocimiento que nos gustaría dar a otros. El hecho de sentirnos valorados por lo que pensamos de nosotros mismos o por lo que nos gustaría ser.

Todo esto se nos ha donado gratis, ¿y dónde lo experimentamos? Dentro de una compañía, es decir, dentro de un lugar donde se nos mira, se nos estima y se nos ama, ¡no por lo que creemos valer sino

por mucho más! Por lo que somos, por aquello para lo que estamos hechos. Nuestro estar aquí juntos es la promesa de que este amor se realizará en nuestra vida, que este juicio de grandeza y este bien para el que estamos hechos se cumplirá en nuestra vida.

*Hola a todos. Una palabra que ha marcado potentemente mi camino de fe últimamente y que el planteamiento de mi futuro hace arder aún más es: «Lanzad las redes al otro lado». Como dice Giussani en ¿Se puede vivir así?: «Nuestras palabras [...] primero entran en el cerebro y por eso no quieren decir todavía casi nada; pero luego penetran en el corazón y entonces es cuando comienzan a querer decir algo» (L. Giussani, ¿Se puede vivir así?, Encuentro, Madrid 2008, p. 147). Yo siempre he percibido con la mente y el corazón la verdad de lo que nos decimos y también siento arder una experiencia viva y firme en Cristo, pero aún noto en mí una cierta resistencia a la hora de fiarme de Dios y entregar mi vida. ¿Qué me retiene? Este año he visto y escuchado varios testimonios de gente que ha entregado su vida a Cristo, y eran las personas más felices. Crece en mí el deseo y la exigencia de ser como ellos, de entregarle cada hora, ¿pero cómo? ¿Por qué tiendo cada día a reducir este deseo infinito de grandeza y de santidad que llevo en mi corazón?*

**Prosperi.** Mira, vamos a hacer así; en vez de empezar por el final, empecemos por el principio. El principio no es el miedo a perder este deseo que tienes, el inicio es que tienes ese deseo. Fijaos, esto es lo que marca la diferencia. De hecho, ¿por qué uno tiene miedo a perder algo? Porque le importa. Si quieres a una chica, ¿por qué tienes miedo a perderla? Porque te importa. De modo que la primera cuestión que te plantea este sentimiento que llevas dentro es qué es este deseo que arde en tu interior.

Este deseo de grandeza, este deseo –decías– de santidad, también de santidad, es decir, de grandeza –es lo mismo–, que llevas dentro nace de la experiencia que has vivido hasta ahora. La experiencia vivida te ha llevado a reconocer aquello para lo que tu corazón está hecho, porque tú podías vivir una experiencia completamente distinta y no tener este deseo en lo más mínimo, y por tanto tampoco tendrías miedo a perder este deseo tuyo.

De modo que la primera cuestión es dar gracias por la experiencia que te ha llevado a reconocer esto, de modo que ya te indica el camino para entender cómo no perderla: ¡seguir pegado a esta experiencia! Debes permanecer dentro de lo que ha empezado a hacer que en el horizonte de tus jornadas asome aquello para lo que estás hecho.

Nos preocupa dar por terminada la partida, saber cómo acabará, pero lo bueno está en jugar esta partida, cuando la aventura aún está por realizarse. Por tanto, el problema de la vida es no cerrar este deseo; no es saber cómo acabará –eso ya lo veremos–, porque esto es lo bonito de la vida, lo bonito de esta aventura. ¿Quieres una sugerencia? No te separes de la experiencia que te ha llevado a desear las cosas que has dicho porque esas cosas son verdaderas. La vida podrá ponerlas en cuestión, seguramente pondrá en crisis todo lo que estás diciendo, de una manera o de otra, con las pruebas que te pondrá o que quizá ya te ha puesto, no lo sé, pero tú ya has indicado el camino para afrontar cualquier crisis. Cuando tenemos un encuentro en el que se asoma el horizonte de algo definitivo, donde vemos que no estamos hechos para menos que eso, no tenemos que preocuparnos de qué otras cosas podrán suceder. Sucederán igualmente. Pero todo lo que suceda confirmará, hará cada vez más verdadero, más profundamente verdadero, lo que te ha hecho descubrir esta verdad de ti mismo y de tu humanidad.

El camino lo tienes delante y las pruebas no serán como la vara de medir el nivel de tu fe, lo grande

que eres; las pruebas serán la manera que Dios tiene de hacerte crecer en la fe, y así podrás entender cada vez mejor qué te importa en la vida. Y te harán cada vez más fuerte si no pierdes de vista el origen de esta experiencia, si no te separas de ella.

**Barberis.** Davide ya ha empezado a tocar la segunda cuestión cuando ha dicho: «El principio no es el miedo a perder este deseo que tienes, el inicio es que tienes ese deseo», de ahí la gratitud por este deseo que nada puede acallar. Pues bien, el segundo tema es la incógnita del futuro, si es posible afrontar el riesgo del futuro sin miedo.

*Hola. Estas últimas semanas me están costando un poco porque es como si el mundo en el que he vivido todos estos años, que es mi casa, en diez días se desvanecerá y me quedará sin nada. Me da miedo que, al cambiar las circunstancias, las certezas que tengo con mis profesores y compañeros se pierdan. Sobre todo este año, que ha sido un descubrimiento maravilloso, con amistades que han surgido con compañeros de clase con los que no me lo esperaba, y que el grupo se ha convertido en un punto firme, los sábados estudiando juntos con uno de los profesores, y las cenas con un amigo sacerdote. Hay puntos firmes por los que lo apostaría todo, pero eso no me quita el miedo. Me doy cuenta, estos días más que nunca, de que me falta algo, aunque tengo un deseo gigante sobre todo de vivir bien esta etapa final, estudiando con mis amigos y luego el año que viene en la universidad porque, teniendo en mente esta belleza que he visto aquí, en el colegio y en Dergano, no puedo desear nada menos. Pero me da muchísimo miedo no volver a encontrar esta belleza y no llego a crearme del todo que lo que vendrá está pensado también para mí.*

**Prosperi.** ¿Tú dónde estabas hace tres años?

*Aquí.*

**Prosperi.** ¿Pero te habrías imaginado que hoy podrías decir lo que estás diciendo?

*No.*

**Prosperi.** ¿Por qué?

*Al empezar el instituto, sobre todo al principio, intentaba hacerme un poco a la idea, también a nivel de amistades. Esperaba, deseaba, aunque no pensaba demasiado en lo que luego he vivido y experimentado con mis amigos, eso no.*

**Prosperi.** Entonces, tú esperabas –es muy justo lo que dices, eres muy sincera–, pero todavía no veías lo que podría ser, ¿no?

*Sí.*

**Prosperi.** ¿Qué significa esto? No sabías cómo, pero pasó. Es decir, ahora puedes decir estas cosas, aunque hace tres años ni te lo habrías imaginado, por cómo eres, por tu carácter, por las dificultades que tenías, etcétera. No podías imaginarlo pero sucedió. Eso significa, sobre todo, que no somos nosotros quienes gobernamos nuestra vida ni nuestro destino, pero sin duda nuestro deseo es como una brújula que nos orienta cuando el destino asoma en el horizonte de la vida. Tú has podido reconocer algo que era para ti. Has podido pegarte a amigos de verdad que ahora no quieres perder, has podido apostar, arriesgar, tal como eres, con tu temperamento, con tus características, con tus virtudes y tus defectos, con todo lo que tú eres, has podido apostar por una experiencia que te parecía fascinante. Hasta cruzarte toda la ciudad porque veías que esto era fascinante y te ayudaba a entender que tu deseo te mueve mucho más que tus cálculos y tus fuerzas. Pero, atención, porque ahora hay que

decir algo importante. ¿Qué diferencia hay en ti respecto a hace tres años? ¿Puedes decirlo? ¡Adelante!

*No sé, a lo mejor antes...*

**Prosperi.** Te invito a un helado si lo adivinas; ¿es broma!

*A lo mejor antes prestaba menos atención al hecho de no estar realmente contenta, mientras que ahora siempre me fijo en mis amigos para ello, y cuando no lo hago me doy cuenta.*

**Prosperi.** ¡Estupendo! ¡Eso es hacer experiencia! Y esa es la diferencia. Cuando has tenido esta experiencia –atención–, dices: «Me da miedo perderlo», pero antes de decir: «Me da miedo perderlo», ¡ya tienes la certeza de haber vivido esta experiencia! ¡Tienes la certeza de que lo que tu corazón desea existe! Antes era algo que deseabas, aunque fuera confusamente; ¡ahora sabes que existe! Tiene rostro, cara, hay amigos, compañeros, una experiencia de estudio, de éxitos y fracasos. Estás dentro de un camino. Pues bien, este camino que ha empezado, que está hecho de rostros, de caras, es un ámbito, una compañía, que nosotros llamamos «movimiento», son relaciones en las que ves que puedes afrontar la fatiga del estudio y de ciertas relaciones que a veces son difíciles, pero que te ayudan siempre. Eso existe, y aunque te marches eso no dejará de existir. En primer lugar, existe porque se dan estas relaciones, y por eso lo primero que te digo es: «Parte de ahí», porque siempre hay que partir del punto de certeza que uno tiene. Luego seguramente de ahí nacerá y crecerá mucho más porque esto es un inicio. Y verás que esto te dará aún más certeza y alegría.

Yo soy profesor universitario. Cuando elegí universidad, empecé a estudiar Químicas, pero nunca me habría imaginado que sería profesor universitario porque después de dos años me quería ir, ya no podía más. La química es muy difícil (aquí hay una amiga que lo recuerda bien), yo entré en una oscura crisis y quería dedicarme a ser guía alpino. Aguanté –varios amigos me ayudaron– pero llegó un momento en que estaba casi decidido (no se lo dije a mis amigos porque no quería que me convencieran de lo contrario) a dejarlo. Pero justo en ese momento, era el año 1994, fui a los Ejercicios del CLU y por primera vez vi de cerca y oí hablar a don Giussani; fue todo un acontecimiento: ese día me di cuenta de que no deseaba vivir por menos de lo que ese hombre había dicho. A partir de ahí empecé a intentar encontrarme con él, me costó un año porque era muy difícil acercarse, pues habían empezado sus problemas de salud, pero empezó una relación. Lo más extraordinario es que después de aquel encuentro también volví a entusiasarme por el estudio. Al principio, el entusiasmo era simplemente por aquel lugar donde se podía estar con él y con los que estaban con él, es decir, por la experiencia que había a su alrededor, que me fascinaba. Luego también empecé a recuperar la pasión por el estudio, tanto que hice el doctorado y ahora soy profesor universitario, y no porque lo eligiera desde el principio, sino por circunstancias de la vida.

Todo esto para decir que cuando tienes un encuentro en la vida te das cuenta de que algo ha cambiado; salta algo –cristianamente se llama «acontecimiento», el acontecimiento es algo que sucede– que no habías previsto y que te cambia, te cambia definitivamente; y aunque tú te fueras, te ha cambiado igualmente. Cuando pasa esto la vida se orienta, igual que mi vida y la tuya se han orientado, por eso no debes tener miedo.

*Gracias.*

*Estoy en quinto y quería contaros de estos meses, que para mí han sido muy especiales. He estado rodeada de amigos totalmente implicados en buscar su camino en la universidad. Les veía a todos en tensión por entender, a partir de cualquier cosa, de una clase, de una tarde de estudio, de un*

*encuentro, qué podía ser más verdadero para ellos de cara al año próximo. Me ha impresionado mucho ver cómo iba creciendo su conciencia, tanto que me daba envidia, pues yo he hecho un camino totalmente distinto, ya que he tenido la “fortuna” –no sé hasta qué punto es una suerte, en realidad– de que mi hipótesis inicial, es decir, Medicina, se ha ido aclarando y confirmando como la opción más definitiva gracias a encuentros y experiencias que he vivido en este sentido. Pero lo que más me ha afectado estos meses ha llegado en un segundo momento, justo después de decidir. Todo el mundo sabe que la prueba de acceso en esta carrera es muy dura y aún es peor en Milán. Respecto a esto, yo vivo en una dicotomía constante porque mi cabeza es hiperracional y concreta, y sabe que un fracaso, un fracaso hipotético, no debería ser un drama, y que sería ilógico e insensato pensar en ello como un fracaso para convertirlo en un duro juicio sobre mí misma. Por otro lado, siempre me pasa esto cuando aparece un contratiempo en mi camino, ya sea con mis amigos, en clase y sobre todo en casa. Inmediatamente siento un peso que me aplasta, no vivo atormentada (eso sería quizá demasiado) pero siento con mucha presión ciertas preguntas –«¿será porque no estoy a la altura o porque me empeño en algo equivocado?»–. Es extremadamente difícil salir de esta fosa que me cavo yo sola porque me siento ahogada por mil cuestiones, aun sabiendo que en realidad esa no es la manera adecuada de ver las cosas. Aun sabiendo que este mecanismo es erróneo, empieza a crecer este juicio en mí como un círculo vicioso que no me deja respirar. Dicho esto, estoy muy agradecida, extremadamente agradecida, a mis amigos, y no porque logre salir de ahí gracias a ellos sino porque veo la atención que me prestan, veo cómo me miran. También me digo que tendré que convivir conmigo misma toda la vida y me gustaría aprender a mirarme así a mí misma en primer lugar, pero no lo consigo.*

**Prosperi.** No solo eso, ¡piensa que quizá encontrarás a un chico que también tendrá que convivir contigo toda la vida!

*Pobrecillo, lo siento por él...*

**Prosperi.** Bromas aparte, es una cuestión compleja que hay que entender cómo afrontar. Pero no me parece que estés tan mal hecha, sinceramente, me parece que las cosas que dices, de algún modo, las puede pensar cualquiera. Es justo y normal que tengas miedo a no superar la prueba, por lo que decíamos antes, porque te importa. El miedo –esto debe quedar claro– no es un sentimiento primario, es un sentimiento secundario que nace como consecuencia del deseo, del hecho de que tú desees algo y por eso tienes miedo de no poder conseguirlo o de perderlo si ya lo tienes, ¿por qué? Porque es el signo de algo que tiene valor para ti. Un hombre, una mujer, una chica, es una unidad, de modo que no puedes separar los sentimientos primarios de los secundarios. Somos un todo unido y por tanto no te equivocas si notas este miedo. ¿Cuál es la cuestión? La cuestión es que debes decidir a qué apuestas. Apostar –esta es la única palabra que podemos usar en este caso– significa que tú no puedes saber cuál será el resultado efectivo. Apostar quiere decir que uno debe arriesgar.

El problema es entonces por qué vale la pena arriesgar, ¿lo entiendes? ¿Qué quiere decir arriesgar, concretamente? Quiere decir que debes dedicar tu tiempo, que podrías emplear en otras cosas, a estudiar para prepararte para la prueba, pedir a tus amigos que te ayuden, buscar los temas de exámenes, ir a cursos; y luego hacer la prueba, que puede salir bien o mal. Puede salir bien para Siracusa (así que tienes que estar dispuesta a irte hasta Siracusa, por ejemplo) y desde allí, según cómo vayan las cosas y los signos que vayas viendo, te llamarán o no, y no solo una vez; quizás al principio te va bien en Bicocca –ojalá, y entonces irás a Bicocca–, pero puede que no, y puede que tengas que decidir entre varias opciones y te enfrentarás al mismo dilema cada vez. Pero eso es bueno, porque las cosas



más importantes de la vida, que siempre pueden darnos más, siempre pueden darnos más certeza, implican el riesgo de nuestra libertad.

No será un mecanismo lo que nos dé la certeza del bien de algo que nosotros elijamos. ¿Tienes novio?

*No.*

**Prosperi.** Puede que lo encuentres o que decidas otra cosa, pero decidas lo que decidas, sea cual sea tu camino, llegará un momento en que percibirás esta cuestión de manera dramática. ¡Sea cual sea tu camino! ¡Aunque el chico más guapo del mundo, el que le gusta a todas, te eligiera justo a ti! Piensa un poco, por lo que has dicho, si tú dijeras: «No, porque implica un riesgo»; pero el riesgo es fundamental para poder adquirir más certeza, pues las certezas más importantes de la vida son certezas afectivas, es decir, implican un apego, una apuesta. Esto forma parte del método para adquirir certezas en la vida, de otra manera nunca estaríamos convencidos y en la primera curva cambiaríamos de idea. Por tanto, es una gran ocasión. Lánzate, prueba, y ya veremos, en función de cómo vaya, cómo decides orientar la cuestión.

*Ya te contaré.*

**Barberis.** Pasamos al tercer tema, que se refiere al drama de elegir, cómo elegir entre dos cosas fascinantes.

*Hola, estudio cuarto de carpintería. Hace poco acabé unas prácticas que me han gustado mucho y me he dado cuenta de que el trabajo que he estudiado me gusta mucho. Antes de estas prácticas tenía muy claro lo que quería hacer en el futuro, seguir estudiando para especializarme en mi sector, pero después de estas prácticas y de una propuesta de trabajo, la idea que tenía tan clara se ha partido en dos: seguir estudiando o trabajar. Mi pregunta es: ¿cómo puedo elegir, puesto que me gustaría hacer las dos cosas?*

**Prosperi.** ¡Qué bueno! En primer lugar, felicidades por tu elección, conozco a un carpintero que ha hecho milagros... ¡y te deseo lo mismo!

**Barberis.** Ahora lo entiendo, porque yo sí que tengo un amigo carpintero y me preguntaba: «¿Pero qué milagros ha hecho?». Ja, ja...

**Prosperi.** ¡Mi hija se está hundiendo en silla porque son las mismas bromas que hago en la mesa! La respuesta a tu pregunta en realidad es bastante sencilla, pero perdonadme si antes cuento algo que creo que también puede ayudar a los que están a punto de entrar en estado de pánico porque todavía no han decidido qué harán después. A diferencia de ti, yo no tenía ni idea de qué hacer o, mejor dicho, lo sabía, pero mi opción se apoyaba en razones muy débiles. Quería hacer ingeniería, y quería hacer ingeniería por un motivo realmente muy material. Como perdí a mi padre siendo muy pequeño, viví toda mi infancia y mi juventud un poco en lucha; también tengo un hermano que es un literato de altísimo nivel, era evidente que él iba a estudiar letras y viviría arruinado, luego además se hizo cura –piensa un poco– así que me dije: «Voy a hacer algo donde al menos se gane dinero, al menos que haya uno en la familia que gane dinero». En aquella época un ingeniero tenía buen sueldo y me sentía bastante capaz. Pero también me apasionaba el alpinismo extremo, hacía algunas locuras. Los sábados, después de clase (iba a clase con la cuerda en la mochila), me iba con algunos amigos en el tren. El año de la Evau me entrené durante todo el invierno para escalar la variante de una vía nueva en la pared sur del Cervino; ¿has estado alguna vez en Cervinia?

No.

**Prosperi.** Pero sabes qué es el Cervino, ¿verdad? En todo caso, era una pared muy difícil, así que entrené duramente todo el verano. En realidad, no sabía si quería hacer ingeniería, también me preocupaba la prueba de acceso, pero decía: «Bueno, yo estudio para la prueba de acceso». Después de la Evau, fui con mis compañeros a la peregrinación de Czestochowa para pedir a la Virgen que me aclarara las ideas sobre qué hacer. Al volver de la peregrinación, se publicó la fecha de la prueba de acceso –ya era mediados de agosto– y coincidía con uno de los tres días de previsión meteorológica de tiempo estable. Después llegaba el otoño y habría perdido el año. Así que me enfrentaba a una duda tremenda: «¿Qué hago? ¿Me voy a escalar la pared sur del Cervino (que era mi pasión) o hago la prueba de acceso a ingeniería (que era lo que debía hacer)?». ¿Tú qué habrías hecho? ¿El Cervino? Exactamente lo mismo que hice yo, me fui al Cervino, así que no hice la prueba de acceso a ingeniería. Ya sabías la respuesta porque antes he dicho que estudié Químicas. Después del Cervino debía decidir qué hacer, y no lo sabía muy bien. Al final opté por Químicas y ese fue el camino de mi vida. Estoy muy contento de haber tomado esa decisión.

Con todo esto quería decir dos cosas. Primero, no debéis pensar que vuestra felicidad o infelicidad solo depende de vuestras decisiones porque, si así fuera, eso querría decir que nuestro destino depende totalmente de nosotros, cuando todo lo que hemos dicho esta tarde demuestra exactamente lo contrario, es decir, que hay Alguien que nos quiere, nos quiere en cada instante y por tanto cada instante es una ocasión para decirnos: «Este es tu lugar». Con eso no quiero decir que no debemos tomar en serio las decisiones que debemos tomar, al contrario, debemos tomarlas aún más en serio porque esas decisiones son la manera que tenemos de pedirle a ese destino que nos muestre el camino de nuestro cumplimiento. Cuanto más se compromete uno con su deseo, con sus pasiones y sus preguntas, cuanto más se compromete uno con todo esto, más atento estará a los signos que se le ofrecen para entender cuál es el camino más adecuado.

Lo segundo es no infravalorar tus pasiones, tus pasiones buenas, obviamente no en el sentido instintivo del término. Tus pasiones en el sentido de lo que te mueve de verdad, no solo algo que te pica, sino algo que percibes como una posibilidad de realización para ti. Recuerda siempre que lo que tú puedes hacer es un intento. Si sale mal, seguirá siendo un intento y haberlo intentado te servirá para aclarar qué es lo más adecuado para ti, y así podrás seguir adelante. Tu situación me parece sencilla porque las dos cosas te apasionan –has visto que quieres estudiar, pero te gusta el trabajo de carpintería–: a la carpintería también te puedes dedicar después si en un momento dado optas por estudiar y ves que no quieres seguir, o acabas tus estudios y luego te dedicas a la carpintería habiendo estudiado más, de modo que seguramente puedes hacer trabajos que no harías sin haber estudiado. No tienes nada que perder si sigues estudiando, siempre que no haya una necesidad objetiva que te obligue a trabajar.

Si uno tiene una necesidad objetiva, debe medirse con ella, porque los criterios para elegir son los tres que se indican en *La voz única del ideal*: el conjunto de inclinaciones o dotes naturales, que hemos llamado nuestras pasiones; la circunstancia inevitable, por la que uno se encuentra obligado a trabajar, por ejemplo, por una desgracia familiar; y las necesidades de la Iglesia y del mundo (cfr. J. Carrón, *La voz única del ideal. En diálogo con los jóvenes*, San Pablo, Madrid 2018, pp. 20-29). Estos son los criterios objetivos –¡objetivos!–, incluida la inclinación, que es un criterio objetivo porque no te la das tú, te la encuentras dentro.

**Barberis.** Terminamos con el último tema, que es justamente el tercer criterio que acaba de mencionar Davide: la necesidad de la Iglesia y del mundo, por tanto, la vida como tarea. ¿Qué significa ser útiles para el mundo?

*Tengo dos preguntas. Respecto a La voz única del ideal que hemos leído este año, no entiendo el tercer criterio: la necesidad del mundo. ¿Cómo voy a responder yo a la necesidad del mundo? El mundo no me necesita, sigue avanzando igual sin mí, incluso avanza mejor. Yo no puedo ayudar a resolver las necesidades del mundo, los problemas que le afectan, el mundo seguirá siempre igual y desde luego no lo voy a cambiar yo. La segunda pregunta en realidad no tiene que ver con este tema. Por varios motivos, últimamente estoy muy feliz por cómo ha ido este año. Pero junto a esta felicidad, tengo una pregunta, una preocupación persistente: me da miedo que de todo lo que vivo, de todo esto tan bonito que estoy viviendo, después no quede nada, que con el tiempo o a la primera de cambio todo se desvanezca. Por eso me pregunto continuamente: «¿Qué queda de las cosas que me pasan? ¿De la belleza que veo, qué queda en mí de las personas que conozco y qué queda de mí en ellas? ¿Hay algo que resista el paso del tiempo?». Como estoy acabando quinto, también me pregunto lo mismo del instituto: «¿Qué queda de estos cinco años? ¿Hay algo que resista el embate del tiempo? ¿Algo que resista la finitud de las cosas y de mí misma?». No queda nada, pero entonces, ¿dónde puedo encontrar un punto firme para siempre?*

*Hola, tomar en serio el problema de la vida y de su utilidad para mí significa pedir. Yo no puedo sacar fuerzas para seguir adelante con mi vida de otra manera. ¿Cómo puedo seguir con mi vida cotidiana mientras en Ucrania hay gente que muere bajo las bombas? ¿Cómo puedo estar delante de esta guerra? Tal vez todo tenga significado, pero ya no puedo estudiar como antes, ya no puedo mirar a un avión en el cielo con serenidad, todo se ha vuelto opaco, distante, fatigoso. ¿Cómo se puede afrontar al mismo tiempo una pandemia y una guerra? ¿Cómo se puede estar delante de dos guerras así que no dejan de causar víctimas como si fuera un videojuego? ¿Cómo puedo alcanzar mi felicidad? ¿Cuál es mi lugar en medio de este caos? ¿Para qué sirvo? ¿Para qué puedo servir? ¿Qué puedo hacer yo? ¿Cuál es mi camino? Todas estas preguntas que me hago desde hace meses son como un obstáculo frente a la elección de mi vocación, colapsan mi mente y hacen enloquecer mi corazón. ¿Cuál es la ayuda más grande? Dios. Siempre hay algo a mi alrededor que me despierta, que me da una mirada distinta, más viva. Cada vez que la vida me lanza desafíos que parecen imposibles de superar y que luego en cambio supero tranquilamente, siempre Lo veo, Lo siento, siento Su amor, siento que Dios está conmigo y que nunca me abandona. Siento Su amor, un amor tan grande, tan infinito, que es imposible no responderle con la misma fuerza infinita y verlo a mi lado, en personas, en gestos, en mi experiencia; me da la fuerza y las ganas de estar delante de estas preguntas, delante de la realidad y delante de mi vida.*

**Prosperi.** ¡Qué hermoso! Respondo sintéticamente. En muchos casos, nuestros amigos ya han respondido a estas preguntas, por ejemplo, un gran amigo, no solo mío sino de muchos, y de muchos de los que están aquí presentes, que vosotros no habéis conocido porque sois demasiado jóvenes, pero que podéis conocer a través de lo que se cuenta de él y de los libros que cuentan su historia, Enzo Piccinini, decía dos cosas. Primero: «Poner el corazón en lo que se hace». Segundo: «No estar solos». Creo que esta es una ley de vida. Es muy bonito que percibáis que lo que hacemos es útil, útil para el

mundo, que no acabe en nuestros cálculos, sino que sea para algo grande, que nuestra vida sirva para construir algo grande, que le sirva a alguien, ¡que deje huella! No nos sentimos dignos de ello, nos parece que somos demasiado pequeños, pero desearíamos que fuera posible. La cuestión no es dejar huella en los libros de historia, sino huella en el corazón de las personas, una huella en lo que hacemos, en lo que somos, en nuestros amigos, que nuestra vida tenga una utilidad, un sentido, que estemos en el mundo para algo.

Entonces, ¿cómo responder a la necesidad del mundo? Vosotros no lo sabéis, yo tampoco sé cuál es la necesidad del mundo y eso implica, en primer lugar, que debemos aprender a juzgar lo que sucede para ver dónde es más útil emplear nuestros recursos, si es posible. ¿Más útil respecto a qué? Respecto al designio de Dios, porque cuando uno ha encontrado el secreto de la vida, y el secreto de la vida se llama Jesucristo, el objetivo de la vida pasa a ser colaborar en el incremento de la gloria de Dios en el mundo. ¿Dónde ser más útiles entonces? ¿Vosotros lo sabéis ya? No. Por eso no hay que estar solos y, partiendo de nuestras inclinaciones, dentro de las circunstancias que vivimos, preguntar; si tenemos una intuición, una idea, un deseo, debemos confrontarnos, preguntar a alguien mayor que nos ayude a ver, para tenerlo todo en cuenta, para mirarlo todo en la totalidad de sus factores, para ver nuestra vida –al menos como ideal por el que empezar a hacer las cosas– con un sentido de utilidad. Que no tengamos que empezar algo con la duda de que pueda no ser útil.

**Barberis.** Terminamos aquí. Te agradezco mucho, Davide, lo que nos has dicho y quería recordar algo que has subrayado al principio, hablando de esta etapa del camino: «Es bonito porque cuando hay momentos así en la vida, es una gracia. Cuando hay circunstancias que te obligan a tomarte en serio la vida, son momentos de gracia porque marcan una manera más verdadera de estar delante de todas las cosas. Porque uno se da cuenta de que no puede gobernar la realidad a su gusto, las cosas no son lo que nosotros queremos, no van como queremos». Esto no solo lo hemos oído, sino que lo hemos percibido y lo hemos vivido en este diálogo contigo esta noche, así que gracias.

**Prosperi.** Gracias a vosotros.

**Barberis.** Saludos a todos, aquí presentes o conectados. Buenas noches a todos.